

tré nuestro pabellon, que, sensible es decirlo, *nostra culpa*, no parecia serles conocido. Les afirmé que viviamos en muy buena inteligencia con su Padischah y que nos ocupábamos allí especialmente de caza. El jabalí abatido confirmaba este testimonio.

Despues de algun tiempo no nos contrarió poco el ver que aquellas buenas gentes se ponian a sus anchas y no parecian dispuestos a levantar tan pronto la sesion. Ellos conocian nuestra posicion, y nosotros en realidad no sabiamos nada de la suya. Los vínculos de la civilizacion y de una buena correspondencia, no podian establecerse entre las dos partes. Preciso era, pues, visto que no se disponian a abandonar el lugar, hallar un medio diplomático de expulsarlos cortesmente. Me revestí de una fisonomía tan digna y tan benévola como pude, y dirigiéndome a nuestro improvisado dragoman, le dije que hiciese comprender de un modo cortés a aquellos nobles turcomanes, que una ley que observábamos estrictamente, nos ordenaba tomar a esa hora del día baños de mar para santificarnos. La observacion pareció producir su efecto en los creyentes que como buenos discípulos de Mahoma respetaban las abluciones prescritas: solo deseaban de un modo ú otro ver la corbeta. Los despaché para ella con un salvoconducto, debajo del cual agregué la órden pérfida de ofrecerles además del café, el vino tan estimado por los hijos del Profeta. Justamente estábamos zabullidos en las olas, cuando regresaron ya bien refrigerados en una chalupa: a su paso tuvimos cuidado de inclinarnos en todas direcciones con muchas cortesias, como si nos ocupásemos de cumplir con gran celo las prescripciones de nuestra religion. Los musulmanes se penetraron de tanta devocion, y dirigieron desde lejos adioses afectuosos.

4 de Agosto de 1853.

Hoy he permanecido de nuevo a bordo y he dejado a los demás entregarse a los placeres de la caza. Pusiéronse de nuevo en acecho del jabalí; pero con el mismo mal éxito. A cosa del medio dia, los cazadores, que habian ido a descansar al salon del bosque, nos enviaron a bordo al agá de Ischmi con sus portadores de pipa. Lo dejé llegar recibéndolo en mi camarote con su andrajosa

escolta. Aquellas buenas personas cayeron en mi habitacion como una nube de insectos y comenzaron por sentarse sin ceremonia. Los hijos del agá (pues los habia llevado consigo), se quitaron sus pantuflos y se revolcaron en el suelo. El *chibouktchi*, robusto mozo, de semblante pálido, a quien su empleo actual conducirá tal vez hasta brillar algun dia como gran dignatario en Estambul, pasaba revista a todos los objetos que habia en mi camarote con un aire de risueña satisfaccion. Entretanto el agá mismo se sentia molesto en su dignidad, y se esforzaba en responder por medio de mi intérprete a las preguntas que yo le dirigia. Un hombre grueso de cierta edad, cuñado del agá, que por este título parecia ejercer cierta influencia sobre él, se mostraba mas juicioso que todos los demás. En toda la visita estuvo contento y de buen humor, no rehusando ni bizcochos ni champaña: era, en una palabra, un buen compañero, hombre honradote a la antigua. El agá, por su parte, manifestaba gran desconfianza del espirituoso vino de Francia. Necesario fué, para decidirlo a que lo tomase, asegurarle que esa bebida no era otra cosa que mosto de manzanas, lo que sin duda podria ser en realidad.

Lo que pareció agradarle mas de todo el camarote, fueron las sillas; parecia que nunca habia visto cosa semejante. Halló que este objeto era muy cómodo; y sin acordarse de su dignidad de representante diplomático, hizo saber por el intérprete que le agradaria mucho llevarse un ejemplar de esa curiosidad para conservarlo en su museo doméstico. Iba yo a acceder al pedido, cuando el sabio cuñado entró é hizo comprender a su pariente la puerilidad de su deseo. El agá se consoló haciéndose servir tabaco por su *chibouktchi*, y cargando su pipa. Cuando la nube de nicotina fué demasiado espesa, y me pareció que la cordialidad oriental iba un poco léjos, di la señal de partida y conduje al puente a las autoridades mahometanas. Allí llamé al mas ágil de nuestros marineros, excelente mozo de la isla de Lissa, y le ordené que subiese al palo de trinquete, lo que ejecutó con ligereza tal, que hubiera hecho honor a un gato. La Turquía estaba estupefacta. Invité al agá para que siguiese al marinero hasta la gávia, y gozase de un panorama marítimo; pero él declinó la invitacion con excesiva politica: era, en su opinion, mucha bondad de mi parte.

Contentísimo estuve cuando los vi a todos en la chalupa. Hice ventilar y lavar todo mi camarote, tanto más cuanto que había podido saber por el pedido que el agá había hecho de un médico, que sufría de una enfermedad de la piel de las ménos agradables. Tales son las satisfacciones de una misión diplomática en las costas de aquel país patriarcal.

El día debía acabar de un modo muy triste para mí y para toda la tripulación. Un capitán que comprende su posición y que tiene verdaderas ideas y sentimientos de marino, ama a sus inferiores, y no se halla bien sino entre los marineros que ha formado. Establécese con el tiempo, en un buque bien ordenado, un estrecho lazo entre toda la tripulación. Juntos pasan los peligros; a todos regocija el éxito de las maniobras; juntos atraviesan alegremente la inmensidad de los mares, y en el vasto Océano se forma una pequeña comunidad íntimamente unida por todas las circunstancias de la vida. Si, pues, un hijo de esta gran familia se halla en peligro, sería necesario tener poco corazón para no sentir una ansiedad dolorosa. Uno de nuestros marineros había sentido la semana precedente una ligera indisposición. Desde aquel momento, agobiado por el calor ardiente y por la falta de todo medio de frescor, se le había trasladado en su hamaca al castillo de proa, al aire libre; los médicos habían empleado todos los medios de su arte, por desgracia tan incompleto: nada se había logrado, la lámpara se iba acabando y los espíritus vitales se desvanecían de hora en hora. A cada instante me dirigía yo al moribundo, y le preguntaba: "¿Cómo os sentís?" Pero ya sus ojos vidriosos podían apenas reconocerme, y su lengua solo balbuceaba confusas palabras.

Márcos Rugger agonizaba en los momentos en que el resto de nuestra sociedad regresaba alegremente de la caza: doloroso contraste con las distracciones de regocijo á que se entregaba nuestra colonia flotante. Cuando el médico me anunció que la muerte estaba próxima, dí á Miguel de Nicolo, puesto que era el factorum de Rondoni, la comisión de buscar cuanto ántes á un eclesiástico. Enviáronse mensajeros en todas direcciones. Desde la costa se nos hacían señales telegráficas, para anunciarnos la llegada del sacerdote tan impacientemente esperado. Pero las horas

corrían, y los consuelos de la iglesia no llegaban: fué necesario, por fin, tomar una resolución, pues un marinero austriaco no podía salir de este mundo como una criatura sin alma.

La tripulación se había agrupado por un movimiento de simpatía, al rededor del moribundo. Decía yo que alguno empezase las oraciones de los agonizantes, pero nadie se atrevió á hacerlo. En nuestro siglo, siente uno en las horas solemnes un embarazo extraño: la religión ha llegado á ser un objeto incómodo; es un fuego que arde todavía, pero que ya no inflama. Vi al círculo permanecer mudo y avergonzado en torno mio: el momento importante de que pende la salvación podía perderse por ligereza. Yo no reflexioné mas tiempo: en un instante bajé á mi camarote, y traje un fragmento de la verdadera cruz, con mi libro de oraciones. Hice sujetar á la hamaca la preciosa reliquia, y me arrodillé cerca del moribundo. Este acto destruyó el encantamiento del espíritu maligno, y un coro de piadosas oraciones se elevó por la salvación de la pobre alma. Los últimos rayos del sol nos iluminaban por las aberturas de proa, cuando el pobre jóven espiró. La campana del buque hizo oír un fúnebre tañido, y la noche que caía extendió pacíficamente su sudario sobre el que ya no existía.

Hasta entónces no había visto morir á nadie. Necesité de un esfuerzo extraordinario para permanecer hasta el último momento. Lo que mas me conmovió, fué ver los répetidos saltos del moribundo en los últimos minutos para precipitarse fuera de la hamaca: sus compañeros de la isla de Lissa debieron, para contenerlo, agarrarlo de los brazos que se retorcian convulsivamente. De repente su cabeza cayó para atrás, y murió. Terrible cosa me pareció asistir á ese espectáculo, y sin embargo conocí que la muerte es mucho mas fácil de lo que me había figurado. Aquel momento fué solemne, y, á Dios gracias, edificante. Vi lágrimas en los ojos de nuestros jóvenes oficiales, que de ordinario no piensan en la muerte. Esta grave lección fué saludable para mí y para todos ellos.

En el curso de la noche los marineros me pidieron permiso para rezar en coro el rosario cerca del difunto. Esto me causó viva satisfacción. El ataúd estuvo listo ántes de media noche: se le descendió lentamente con su carga á una chalupa; pusiéronse en mo-

vimiento los remos; la pálida luna desaparecía en el horizonte. Por largo tiempo todavía oímos en el silencio de la noche á la chalupa que remaba en direccion del claustro: el cuerpo fué depositado en la capilla, en donde se le confió al cuidado de la poblacion católica de la costa. Todo este drama habia pasado con espantosa rapidez; el pobre marinero apénas habia caido enfermo, abandonaba el buque, é iba á descansar solo y en país lejano en una capilla extranjera. Cada cual se retiró hoy á su hamaca con el alma llena de los mas graves pensamientos.

5 de Agosto de 1853.

La mañana fué empleada á bordo en trabajos y ejercicios. A las dos se izó el pabellon á media asta. Una larga serie de chalupas se dirigió al monasterio con toda la parte disponible de la tripulacion. A su cabeza bogaba el bote del capitán, llevando tambien el pabellon á media asta.

Encontramos a la poblacion católica reunida en el patio del ruinoso edificio para recibirnos y conducirnos a la iglesia que está muy deteriorada. El ataúd estaba allí descubierto; un sudario cubria la cara del cadáver: un pequeño crucifijo de madera, hecho de prisa por el carpintero del buque, habia sido colocado en sus manos. La tripulacion se colocó en órden: nuestro médico se adelantó y dijo una corta alocucion apropiada a las circunstancias, la cual terminó por el *De Profundis*. Cerróse el ataúd: los camaradas del muerto se levantaron y se lo llevaron a pasos lentos. Ellos abrian el cortejo y nosotros seguíamos. Depositóse el cuerpo en el patio del claustro, inhumándolo a la sombra de una antigua higuera. Oyéronse las salvas de mosquetería: cada uno de nosotros echó un poco de tierra en la fosa que se llenaba, y sobre la tumba se plantó una cruz con una corta inscripcion.

Fué aquella una ceremonia sencilla, sin aparato; pero era un tributo pagado por marineros a un marinero. Entristecia a todos el pensamiento de que el muerto descansaria aislado en una tierra extranjera. La impresion producida en la poblacion católica fué profunda. Distribuimos el pan y el vino entre las familias presentes, nos despedimos de Miguel y regresamos a bordo con el pabellon izado.

Para borrar la penosa impresion que nos causaba ahora la vista de Rondoni, queríamos hacernos a la vela en el instante para Durazzo, que era el primer punto en que debíamos tocar; pero la calma que sobrevino nos detuvo.

En la tarde vimos que la costa se cubria repentinamente de gente que nos hacia señales con el gesto y la voz. Pensando que seria el eclesiástico que llegando tarde, ¡ay! demasiado tarde, querria venir a bordo, enviamos una chalupa. Volvió a fuerza de remos: Scanderbeg II escaló al abordaje, y con gran sorpresa mia, se arrojó a mis piés deshaciéndose en lágrimas y alaridos. En su dolor nos contó que el bajá de Tiranna habia llegado con dos mil hombres, que se habia apoderado y hecho amarrar a su hijo, amenazándolo con que cortaria la cabeza a este niño, si la corbeta se hacia á la vela ántes de que pudiese visitarla.

El asunto parecia serio y las revueltas del Oriente lo explicaban suficientemente. Miguel de Nicolo era cristiano como toda su familia. No era permitido que uno solo de sus cabellos cayese de sus cabezas, miéntras la bandera del Austria flotase en las costas de la Albania, supuesto que el Austria acababa de tomar bajo su patrocinio a los cristianos del Oriente. Me enardecia el ultraje que se nos hacia, y estaba firmemente resuelto, caso de que se confirmase la noticia, a emplear con el bajá las medidas mas rigurosas. Hice armar en guerra una chalupa, y la envié a tierra con el mas hábil y el mas moderado de nuestros oficiales, para pedir perentoriamente explicaciones.

No la ví alejarse sin viva emocion; en el fondo me regocijaba dar una leccion a los musulmanes en beneficio de los hermanos cristianos. Todo lo tenia preparado para llamar a mis hombres al puesto de combate, y estaba decidido, dando a los negocios una direccion seria, a obligar al bajá a llegarse a mi bordo, ó bien a purgar al país de la presencia de sus seides por medio de algunos cañonazos bien dirigidos sobre el bosque de la costa. Hubo un momento de espera que me pareció insoportable. Por fin, volvió la chalupa al caer la noche, y nos trajo la palabra del enigma.

En efecto, habia llegado el bajá: sus genizaros acampaban en el bosque, y aquel habia manifestado de un modo bastante brutal su deseo de ver la corbeta. Pero Scanderbeg II, como era evidente,

se habia olvidado en el festin funerario; habia mirado demasiado con sus ojos de zorro el fondo de la botella; su cara estaba mas encendida que de costumbre, y toda la novela, con el raptó de su querido heredero, no pasaba de una fantasmagoría albanense. No podia decirse esta vez *in vino veritas*. ¿Habia venido el bajá sin ningunas malas intenciones? Los genizaros probaban suficientemente lo contrario. Pero el lenguaje hábil y frio de nuestro enviado lo habia reducido al equilibrio diplomático, y por su conducto me pedia humildemente una audiencia a bordo. No se podia intentar hacerse a la vela porque todavía duraba la calma; por consiguiente su solicitud le fué otorgada para el dia siguiente. En cuanto a Scanderbeg II, ese discípulo ingénuo é inventivo de Baco, lo hicimos volver al seno de su noble familia, no sin haberle dirigido los reproches y las burlas que merecia.

Durazzo, 6 de Agosto de 1853.

He permanecido doce largos dias en el puerto de Durazzo. Habia mucho que hacer en la corbeta para introducir el mando en aleman. Fué necesario que los oficiales lo aprendiesen primero para enseñarlo a los cadetes y estos a su vez a la tripulacion. Las mañanas las empleábamos en el ejercicio de las velas. Con grande alegría mia, y gracias a la buena voluntad de todos, se manifestó a poco un progreso sensible.

Hallábamos nuestra distraccion en la caza, que llenaba con frecuencia el resto del dia. La primera vez el teatro de nuestra excursion fué un vasto estanque situado en una llanura de los alrededores de la ciudad, a la que nos dirigimos despues de la misa.

Habia oído el servicio divino en el interior del país, en la parroquia. ¡Qué parroquia! ¡Y qué local! ¿Puede hallarse algo mas triste y mas desconsolador? Imagínese una casa construida a la turca, una puerta, ó mejor dicho un agujero por donde no se pasa sino agachándose; atraviésese una cocina negra y ahumada, súbase una escalera de madera, es decir una especie de escala vacilante, y lléguese al fin a un cuarto pequeño y bajo; tal es la iglesia de Durazzo. Paños hechos trizas, galones falsos que dejan ver el cordon, y ramos de flores marchitas componen el adorno del altar. Y sin embargo, esa misa rezada no se borrará nunca de mi me-

moria, gracias a la tierna majestad y al carácter sumamente religioso de la celebracion.

El padre Negri, con quien habiamos contraído amistad, nos acompañó hasta la puerta de la ciudad. Vigorosos caballos turcos, con las bridas decoradas de fantásticos adornos, nos llevaron en rápida carrera hasta las orillas húmedas y esponjosas del lugar de reunion para la caza. Es un lago salado que humeaba por efecto del calor, y cuyo limo servia de retirada a rebaños de búfalos. El búfalo es el tipo de la creacion primitiva; hace parte de los cuadros melancólicos que presentan los pantanos vírgenes. Es el ciudadano de los imperios caídos ó de los imperios por nacer; tiene su domicilio en los lugares en que reina la naturaleza salvaje, la naturaleza no sometida al trabajo y al genio del hombre. Sobre la vasta laguna flotaban millares de pájaros acuáticos cuyo plumaje deslumbraba por su blancura bajo los rayos del sol; multitud de caballos y mulas pacian en las orillas del lago cubiertas a lo lejos de verdura.

Á eso de medio dia, en el momento de mayor calor, bajamos del caballo, y con la carabina en la mano nos pusimos en acecho entre los carrizales, sobre un terreno esponjoso. El aire y el agua solo eran reflejos y vapor abrasador: ni un movimiento, ni un sonido. El aire parecia demasiado pesado para agitarse, el agua demasiado gruesa para levantarse en aquella hora de ansiedad y de silencio que suspende la vida de la naturaleza en los países del Sur. Solo algunos pelicanos de regreso de sus excursiones matutinas, y con el buche bien lleno, bajaban con un vuelo sumamente lento á los carrizales cuya sombra abrigaba sus nidos. Cuando se disparaba un tiro, veíase por un momento levantarse enjambres de zancudos de alas de plata, de cisnes, de cigüeñas y de otros habitantes de la laguna: turbados en su sueño, brillaban un instante a los rayos del sol, para ir a posarse un poco mas léjos. Solo las inquietas gaviotas pasaban como relámpagos al rededor del cazador y parecian no poder saciar su curiosidad. Cuando una víctima caía pesadamente sobre las aguas humeantes, se oía por largo tiempo el grito agudo de estos pájaros acuáticos y el doloroso quejido del chorlito real.

Estas imágenes originales de una naturaleza extranjera, me en-

cantaban. Mi imaginación llena de la idea de las pampas y de los lagos de la América del Norte, enamorada de las vastas superficies de agua estancada, hallaba aquí completa satisfacción. Hay un encanto particular, inexplicable, en toda manifestación de la vida en que el hombre no sobreviene para turbarla. Este encanto reside en los misteriosos bosques vírgenes en los que vive un mundo de plantas y de animales desconocidos. En el río de las Amazonas lleno de cocodrilos y cubierto de guirnaldas de bejuco; en los *fiords* de la Noruega donde reina a lo lejos un silencio de muerte; en las soledades de la Escocia solo frecuentadas por el faisán y el cuervo; en los desiertos de Africa atravesados por los avestruces y las gacelas, y en fin, en nuestros países sobre las cumbres heladas de los Alpes habitadas por el águila y la gamuza.

Prolongué la partida de hora en hora hasta la noche, sin poder saciarme de la vista del estanque y de su mundo acuático.

El jabalí fué el objeto de la segunda caza. Era una hermosa y fresca mañana: la sociedad estaba alegre y era numerosa. La nobleza de Durazzo me acompañaba con una reunión bastante considerable de gentes a pié. Habíase reclutado esta escolta entre la población cristiana a la que se había concedido permiso para portar armas por el tiempo de mi presencia. Nos dirigimos a una hermosa selva de árboles y de matorrales que, extendiéndose detrás de la ciudad a lo largo del promontorio, llega hasta el mar. Camino andando por la llanura del lago encontramos una cigüeña sumergida en profundas meditaciones a la sombra de un roble secular. Hubiérasela tomado por uno de aquellos venerables ermitaños de los antiguos tiempos. No sé qué extraño capricho me hizo tirarle. La bala silbó, el ermitaño albanés sacudió con aire grave su inclinada cabeza, dirigió una mirada tranquila y desdeñosa al perturbador de su reposo, y se retiró al santuario doméstico de sus bosques.

La selva era espesa y llena de fresco: las gotas de rocío matutino pendían aún de las ramas como resplandecientes diamantes; a través del verdor brillaba el sol naciente, y oíase cual música lejana el ruido de las olas que se estrellaban contra el promontorio. Nada hay más encantador que la travesía de este bosque; jamás me había sentido más fresco y mejor dispuesto.

Cada cual tomó su puesto: el mío estaba al abrigo de un cerezo silvestre cuyos encarnados y apetitosos frutos cubrían la tierra. Cerca de mí se acurrucó un rico comerciante turco armado del largo fusil: era un elegante de Durazzo que había hecho también su viaje á Constantinopla para instruirse.

Un ruido espantoso resonaba por el bosque; hubiérase dicho que Samiel en persona cazaba en aquellos lugares. Poblaciones enteras los recorrían en todos sentidos: sin embargo, solo una vez se oyó a los jabalíes salir del bosque, y aun entónces nadie tuvo la fortuna de verlos. Esta batida no nos produjo más que el placer de pasar la mañana en los bosques y de ver un hermoso grupo de driadas.

Nos dirigíamos á la altura, cuando repentinamente en un zarzal espinoso, no eran rosas, sino verdaderos cardos, se nos apareció una alegre reunión: eran criaturas del sexo femenino que retozaban vestidas como nuestra madre Eva, ó poco les faltaba. Pero, ¿por qué casualidad el coro de Diana se divertía en los bosques oscuros de la Albania? ¡Ah! No eran las compañeras de la diosa: eran, me estremece todavía pensarlo, una horda de gitanas, negras como el diablo y feas como su abuela. Á su cabeza caminaba con paso atrevido y resuelto una especie de húsar, es decir, una vieja vestida de una ligera pieza de tela enrollada en la cintura, de cara curtida por las intemperies de las estaciones; una mujer cuyo aspecto habría dado calofrío en el infierno, cuyo vientre enorme parecía contener una camada de dragones, y cuyos pechos de una vara de largos habrían podido amamantar generaciones de reptiles. Su piel, negra como el café en polvo, parecía tomada del elefante, y su cara del camello: con tal fisonomía tenía, sin embargo, la audacia de dirigirnos una sonrisa audaz y provocativa. Su cabellera, negra como el cuervo, flotaba alrededor de su cabeza como un puñado de venenosas serpientes: un pañuelo enrollado en forma de turbante cubría la parte superior de su cráneo, y para completar el carácter monstruoso de toda su persona, llevaba una pipa turca de la que, riéndose con voz ronca, sacaba nubes de humo. En mi vida ví cosa semejante. Estando solo en un bosque, me agradaría más encontrar no sé qué fiera que á tal reina de gitanas: esas mujeres aparentaban ocuparse en recoger frutas silves-

tres: tal vez era veneno el que recogian para sus operaciones de sortilegio.

Los machos de tan horrorosas criaturas eran nuestros principales batidores. Llenaban sus funciones con ayuda de grandes cajas turcas que tocaban de un modo lamentable, con cuyo medio creía yo que espantaban la bestia en vez de batirla, y la prueba es que en la batida de la tarde, que tuvo lugar en una parte mas baja de la montaña, tampoco pudimos ver mas que en la mañana.

Comimos como en Rondoni al aire libre, a la sombra de un gran roble: el pavipollo y el carnero hicieron los gastos del festin, despues del cual infantes y ginetes se ejercitaron en tirar a un viejo gorro albanés. La diversion fué buena, habiendo gran rivalidad entre el Oriente y el Occidente. El mejor tiro fué, con gran contento mio, el de uno de mis hombres, jóven marinero de Trieste.

Regresamos con el morral vacío; pero de buen humor. El verde llano que atravesábamos recordaba las comarcas del Norte por lo espeso de sus bosques. El regreso tuvo lugar a la carrera: tambien en este ejercicio se mostraron mis marineros como viejos húsares por su animacion y su perseverancia verdaderamente cómica.

El tercer dia la caza fué a los becafigos. Atravesamos el pantano de los búfalos, y nos trasladamos al otro lado del lago, a una region en la cual las verdes colinas y las mesetas boscosas se suceden hasta llegar a las grandes montañas que se divisan en lontananza. Una de estas colinas remata en una aldea turca, y a ella nos condujeron los principales miembros de la comunidad cristiana.

Se nos apostó en breñales espinosos muy ricos en insectos; y hénos allí en acecho de los desgraciados, ó mejor dicho demasiado felices becafigos que debian llegar a posarse en las cimas que estaban sobre nosotros. A lo ménos era un espectáculo vivificador la vista de aquellos magníficos bosques formados por árboles seculares que cubren aquel país de tan rico porvenir.

Sentado muy a mis anchas en las malezas llenas de grillos y mariposas, gozaba yo el bienestar de un sabio aleman en la comida dei domingo, y experimentaba aquella tranquilidad, tan propia para robustecer los nervios, que se siente en medio de la verdura,

cuando en los confines del sueño se observan todos los movimientos de la naturaleza con sentimientos de piedad infantil. Pero ni un solo becafigo. El grillo cantaba, el abejorro zumbaba; y es cuanto. Todavía estariamos sentados en los breñales, si la vista de las sandías, de esas sandías tan frescas y azucaradas de que abunda el país, no nos hubiese atraído a la aldea. Decididamente habia un *jettatore* entre nosotros, ó mas bien estábamos hechizados por la vieja que habiamos hallado por el camino.

Nuestros albaneses, que eran insaciables, propusieron una caza a la liebre en el llano, en un bosque de abetos. Volvimos a montar a caballo con toda presteza y bajamos al valle: reorganizáronse las líneas de tiradores: por delante el estruendo de los tambores turcos y el ladrido de los perros: batidores de todas creencias y naciones vuelven al acecho; pero de liebre ni un rastro. Para mí era ya demasiado. Salto a la silla; dejo a la compañía que haga una segunda batida, y héteme en camino para la ciudad, con mi alboroz flotante como un príncipe del desierto; mi caballo sopla y ronca, y de esta manera atravesé el extenso pantano, renunciando por largo tiempo a los placeres de la caza sin picadores.

En el puerto de Durazzo recibí la visita del bey, gobernador de Cavalia: larga cara de facciones duras, personaje mas grosero aún, mas tonto, si es posible, que los que lo habian precedido; pero tanto mas cordial, segun se dice.

Acercábase el aniversario del nacimiento de nuestro muy amado soberano. Resolví dar a este solemne dia el carácter de una fiesta nacional, y, por razon de las circunstancias, de una fiesta católica antes que todo. El P. Negri me habia contado que la residencia del arzobispo de Durazzo, Don Ambrosio, distaba doce leguas de allí, en Delbinisti, en las altas montañas. A consecuencia de las amenazas de muerte y de las violencias que habian ejercido contra él, lo habia recogido una antigua familia turca que lo tenia en cierta manera cautivo. La presencia de este prelado era necesaria para dar brillo a la solemnidad. Envié, pues, catorce cristianos montados y armados a Delbinisti, con mision de librar al desgraciado apóstol de su cautiverio, para devolverlo a su diócesis y a nuestra proteccion. El 17 en la tarde empezaron

los preparativos en la corbeta. Levantóse una amplia tienda sobre el palo de popa y el puente: banderas y gallardetes de diversos colores decoraban la parte superior y los lados; escudos con las armas de Austria circundados de grandes coronas de roble se hallaban dispuestos en simetría. Colocáronse sobre los cañones arpones de abordaje de los cuales partían guirnaldas de follaje y banderolas: todo esto iba a reunirse al centro de la tienda. Habíase plantado entre los cañones un bosque entero de tiernos robles que nuestros marineros fueron a buscar al promontorio. Al pié del palo de mesana se levantó un altar sobre un espacioso estrado: estaba adornado con lujo resplandeciente de plata y flores, y contenía una urna decorada de pinturas y rematada por una cruz de refulgentes diamantes. Sobre esta urna, en medio del altar, se levantaba un elegante baldaquino de seda purpúrea, sobre el cual flotaba el pabellon de la Santa Silla, con la tiara y las llaves de S. Pedro. Al pié del palo mayor, bajo un dosel formado por los estandartes del Austria, se había colgado la imágen coronada del Soberano circundada de un trofeo de armas y de emblemas marítimos. El conjunto presentaba un carácter de gravedad y de buen gusto, digno de la celebracion de una gran fiesta, y reunía el doble aspecto de una iglesia y de un salon. Todo se había preparado en algunas horas a fuerza de celo, de buena voluntad y de destreza.

18 de Agosto de 1853.

La fiesta empezó desde el alba con una salva de artillería en honor del emperador. Las baterías de la fortaleza repitieron nuestro saludo cuanto mejor pudieron, aunque con aliento un poco débil y sufocado. Nuestro gran pabellon de gala, de colores frescos y brillantes, flotaba alegremente en los aires. Todo lo que pertenecía a la corbeta se engalanaba apresuradamente con sus mas hermosos vestidos para el servicio divino, que era la ceremonia mas importante, y cuya hora se acercaba.

Una hermosa chalupa nos trajo a Don Ambrosio, el prelado salido de la cautividad, con un acompañamiento de cuatro ó cinco eclesiásticos. Innumerables barcas se acercaban con toda la poblacion cristiana; viejos y niños, hombres armados, matronas y mucha-

chas. Nuestra invitacion para la fiesta había sido acogida con regocijo. Dignatarios y pueblo, todos se agruparon entre los cañones y las verdes ramas de los tiernos árboles bajo la tienda abigarrada alumbrada por la luz amortiguada y misteriosa del sol. Era un cuadro del mayor efecto, en el cual se distinguían principalmente los magníficos trajes de las mujeres albanesas, los mas bellos del mundo, segun Lord Byron.

La joya de la reunion era la hija de Tedeschini, la sobrina de nuestro cónsul. Figúraos una jóven admirable, una cabeza antigua, un perfil griego de la mayor pureza, un color blanco y de una frescura deslumbradora, hermosísimos ojos negros dulces como los de una gacela, con una expresion de tristeza cual sombra de duelo que le cuadraba maravillosamente. Llevaba un túnico escarlata sembrado de los mas ricos y mas delicados bordados de oro, que le bajaba en anchos pliegues hasta la rodilla, con amplias mangas de seda blanca como la nieve y una elegante y ligera camisa que le abrigaba el seno: una basquiña bordada, ceñida en la cintura, caía sobre un pantalon de anchos pliegues de magnífica seda. Su cabeza estaba cubierta con un velo de religiosa, bajo el cual brillaban trenzas opulentas recogidas con adornos de oro; en fin, su encantadora persona estaba literalmente cubierta de una constelacion de diamantes. Este brillante traje es maravillosamente hermoso para sentarse sobre un divan, pero seguramente no sirve para ir y venir por la casa.

El arzobispo, terminados sus aprestos, volvió a presentarse en medio de los fieles, rodeado de su clero y con la mitra y el báculo. Dirigióse al altar que derramaba vívida luz, y comenzó el oficio pontifical. Era un consuelo espiritual que se le había negado desde su cautiverio. Leíase en la cara del digno prelado cuán feliz se hallaba en poder una vez mas cumplir sus deberes pastorales al abrigo de toda violencia. Parecía estar completamente libre y desahogado, y esto me causaba grande alegría. A la misa siguió la bendicion, y al estallido del cañon se entonó un *Te Deum* perfectamente cantado por nuestros jóvenes marineros alemanes, instruidos por el comisario de a bordo que es un músico consumado. Seguramente hacia largo tiempo que el servicio divino no había sido celebrado con tanto fervor y recogimiento.

Cuando concluyó, una ligera agitacion del mar obligó a una parte de la reunion a ganar la ribera. El arzobispo se retiró conmigo a mi camarote, y allí tuvimos una conversacion muy interesante sobre la triste situacion de la comunidad cristiana en Albania.

La capilla dispuesta sobre el puente se trasformó en un salon de fiesta. Dispúsose en todo el rededor del buque una mesa cubierta de plata labrada, de vinos de lujo, de vasos de flores, sirviéndola numerosos domésticos en traje del tiempo de Luis XIV.

Cuando estoy en el mar, entre la tierra y el agua, me gusta disponerlo todo de modo que forme contraste con la simplicidad de este elemento y pueda uno creerse en el corazon de una ciudad opulenta.

El prelado tomó asiento en el banquete a mi derecha. El cocinero en jefe, que conocia mi gusto, dispuso con arte una comida parisiense. Transportado súbitamente del seno de la cautividad y de una vida de anacoreta a un mundo en que reinaban la seguridad, la confianza y la alegría, el pobre arzobispo no sabia dónde estaba, y gozaba con reconocimiento de los bienes que Dios le enviaba. Cuando el champaña helado espumaba en las copas, me levanté y brindé por la salud del emperador. Las salvas de artillería resonaron, y toda la tripulacion, hasta el último grumete, cantó en coro el himno nacional, entonado por el comandante. Habia yo escrito las palabras la víspera, y nuestro doctor las habia puesto en italiano en la noche. Acaso era la primera vez que un canto popular se ejecutaba simultáneamente en dos lenguas. Su efecto fué arrebatador. Ese hermoso himno, cantado por tantas voces jóvenes y varoniles, y con tanta sinceridad y entusiasmo, tenia un carácter de grandeza que no podia dejar de producir su impresion en mis huéspedes extranjeros.

Cuánto mas no me hubiera conmovido si mi vista hubiera podido alcanzar a varios centenares de millas, franquear el mar y las tierras y ver lo que pasaba en aquel momento en las provincias de los Alpes. Aquel dia era para la persona misma del emperador, acaso el mas importante de su existencia. Rodeado de sus queridos padres y de toda su familia, miéntras que mis votos se dirigian a él de léjos, él elegia, en la primavera de su vida,

una amable y dulce compañera. Más valia que yo no lo supiese, porque el pensamiento de no poder ser testigo de esta dicha naciente, me hubiera entristecido profundamente en esa fiesta consagrada al regocijo.

El digno arzobispo, que habia conquistado ya nuestra veneracion, se despidió de nosotros despues del banquete. La separacion fué cordial. Los cristianos albaneses le siguieron; pero los jóvenes de la tripulacion, animados por el champaña, se divirtieron todavía largo tiempo a la sombra del follaje y de los pabellones. Fué un hermoso dia, cuya serenidad nada turbó, y cuya risueña y preciosa memoria conservarán por mucho tiempo nuestros corazones.

Rada de Aulona, 20 de Agosto de 1853.

No hay iglesia católica en Aulona. El P. Negri es quien trae los consuelos espirituales al reducido número de fieles de este lugar.

Despues de haber despedido al bey, al cónsul Reinecke y a toda su gente *intra muros*, emprendimos nuestro camino hácia la costa, entregándonos a alegres chanzas y a toda clase de ejercicios ecuestres. Allí, para volver al buque, se empeñaron nuestras ligeras chalupas en una verdadera regata.

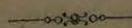
Como es natural, la victoria quedó por mi fino bote inglés, preciosa herencia de mi difunto amigo K***: montado por los mejores remeros de la corbeta, cuatro hombres vigorosos y marinos consumados, volaba sobre las olas como un pez volador. Y sin embargo, hallaba yo, que a pesar de la victoria alcanzada, los picarones no habian remado con bastante viveza. Para castigarlos, hice que me pasearan de las doce a la una de la madrugada por la extensa bahía de Aulona.

Era una de esas noches misteriosas, como se ven en el mar cuando ningun soplo levanta las aguas plateadas por la luna y cubiertas por un ligero vapor como por un cendal mágico. Las montañas se ven mayores, la claridad de las estrellas aparece duplicada; el mas ligero movimiento del remo se repite de léjos en la superficie de las aguas: siéntese una especie de deliciosa inquietud, una impresion de soledad, y al mismo tiempo de independen-

cia y de confianza. Aun hoy día es un enigma para mis marineros el saber por qué su capitán emprendió esa excursión a la *hora de los espíritus*.

Habíamos oído hablar vagamente de un presente de vituallas que nos destinaba el bey; es un uso insoportable del Oriente, de que me quería yo eximir. Como Aulona, según había podido confirmar por mí mismo, no tiene importancia alguna, bajo el punto de vista de los intereses católicos, me hice a la vela el 21 muy de mañana, para volver costeando la Dalmacia. Brisa ligera nos alejaba ya, cuando vimos al ganado que el bey nos destinaba, llamarnos desde la ribera con sus balidos. Acaso este llamamiento aguaría la boca a más de uno; pero por lo que a mi tocaba, encantado estaba de romper todo lazo con la Albania.

Si este país es rico en esperanzas para el porvenir, en el presente solo es rico en decepciones, en materia de ciudades y de cacerías de jabalí.



MAS ALLÁ DE LA LÍNEA

CAPÍTULO TERCERO

1859 Y 1860

10 de Noviembre de 1859.

A un largo verano de dolorosa memoria había sucedido un suave otoño más parecido a la primavera que a la triste estación en que todo languidece y muere. Las rosas, las violetas perfumadas, los azahares de aroma embriagante, lucían aun en nuestra agradable residencia de Miramar, en donde vivíamos rodeados de fresca verdura y de las olas azules de la mar. Cuando ménos se esperaba, el frío se anunció tristemente con una brisa glacial que sopló toda la noche. El viento Norte invadió nuestro pequeño jardín, derribando sin piedad nuestras flores y destruyendo nuestras ilusiones. Aquel invierno, de que íbamos a huir, turbaba los sueños de la última noche que debíamos pasar bajo nuestro techo, y nos perseguía con sus gemidos siniestros que parecen decir: *memento mori*.

Hubo en la mañana algunas horas de calma, justamente las necesarias para la partida. Mi querido Miramar se mostraba por última vez con toda la seducción de su hermosura meridional. Al nacer el sol, di a toda prisa una vuelta por el jardín, corté las últimas violetas, dirigí la mirada por todas partes, y al fin, bajé la escalera de mármol del embarcadero, y me alejé en el bote con el corazón oprimido por una profunda melancolía.

Algunos instantes después, me encontraba á bordo de la *Fantasia*, pequeño buque de corte atrevido y ligero. Ya sus ruedas he-